

# FUGA CALCULADA

Maria del Carmen Legelen

Image not found.

# Capítulo 1

## FUGA CALCULADA

Pedro corría a pasos firmes y veloces surcando el pastizal húmedo por el rocío del amanecer, conocedor de que solo disponía de cinco minutos para salirle al cruce al tren de carga, que partía diez minutos antes de las seis de la estación de Margat y que en ese lugar marcharía a unos cincuenta kilómetros por hora, la que era una velocidad posible para asirse del barrote de uno de sus portones y ocultarse entre los sacos de semillas que lleva en los vagones. Sentía su boca rasposa y jadeante, gotas nuevas de sudor delineaban su joven piel y en su pecho galopaban dos jinetes: uno llevando el temor a ser capturado y el otro su deseo de libertad.

A lo lejos y a su espalda abandonaba la cárcel que con apenas dieciocho años tuvo que enfrentar, por fatalidad del destino o por la incomprensión de la "raza humana" - como decía él-

Ya había avanzado la mayor parte del recorrido cuando el pánico lo estremeció: llegó a sus oídos el sonido presagiente de una sirena lacerando el aire fresco del joven día, al mismo tiempo que una mezcla de ladridos con gritos sorprendidos y presurosos volvíanse más nítidos con cada segundo que ganaban. Un temblor involuntario lo destronó de su propio cuerpo por un momento y próximo al límite de su resistencia apuró y ganó tiempo a su paso, preguntándose qué había ocurrido, que cosa diferente surgió, si todo estaba muy bien calculado....

"Ah si don Rodríguez no hubiese sufrido de insomnio" -pensó- . Recordó que lo sorprendió una noche en su almacén y ambos se abrazaron en lucha cuando él intentaba huir por una ventana, el almacenero lo detuvo sujetándole por una pierna, amenazándole con llamar a la policía, cayeron brutalmente al piso, Rodríguez se dio un golpe seco en la cabeza yéndose por una sus orejas toda su sangre y con ella toda su vida. Pedro explicó, suplicó, gritó: "fue un accidente, fue en defensa propia"!!!. Lo condenaron varios años por homicidio culposo.

Desde que ingresó a la cárcel planeó su fuga. Observó su estructura básica y precaria por la escasez de recursos que le asignaban. Y supo del tren rural que solía surcar esos campos a diario, a unos cinco kilómetros de distancia, llevando un cargamento de semillas y herramientas para los establecimientos de la zona.

Por las tardes a la hora de recreación en el patio, con aire actoral, con expresión perdida quien sabe en que, con una mano en el bolsillo y la otra sosteniendo un cigarrillo, mientras dejaba ir pausas de humo por su boca, con uno de sus pies daba punzadas debajo del alambrado que circunda el perímetro de la cárcel, lo que provocaba que la tierra se desmoronase

formando un hueco y el alambre fuera ganando movimiento y soltura, por donde llegado el momento pudiese levantarlo fácilmente y reptar por allí su cuerpo delgado y pequeño hacia el exterior. Tenía claro que debía ser la noche del lunes para el martes, porque los guardias nocturnos rotaban de manera que en la casilla de vigilancia número cuatro, donde la distancia con la vía era la más cercana, se encontraría el gordo Funes quien se sabía su mejor visión con lentes incluidos era de diez metros, y a falta de binoculares por lo de la escasez de recursos, cada guardia contaba con la vista que Dios le dio. Sabía que con cualquier distracción "casual" hacia el punto opuesto ya tendría esa distancia sorteada. El martes de noche estaba descartado, no podía arriesgar su vital empresa porque en esa casilla vigilaría el "lince" Vásquez. Escapar de la celda era tarea sencilla, le daría un buen uso al cuchillo que supo apoderarse en el comedor en momentos de más actividad a la hora del almuerzo, que hábilmente transformara en una ganzúa para abrir el cerrojo precario de su puerta de barrotes y sin duda que esa noche como casi todas, los guardias de los pabellones se turnarían para dormir y jugar a las cartas, distrayéndose de su obligada vigilancia.

Transcurrieron dos meses observando y calculando, hasta que la noche del lunes llegó y en su calabozo agonizó con cada instante que llevaba hacia la madrugada. Un silencio apático grisáceo acompañaba el sueño nocturno del pabellón. Pedro repasaba paso a paso su fuga martillando en su mente cual si fuera un mantra: que sería un éxito e iría al encuentro de su perdida libertad, la libertad que sentía le habían arrebatado la casualidad o la intransigencia, "fue un accidente, fue en defensa propia".

Sin pausa en su calculada carrera veía acercarse su salvación, envuelta en un sonido chirriante y metálico, ambos yendo a un encuentro desesperado casi diríase apasionado. Revisó rápido la escena sin detenerse: los perros y los guardias estarían a unos cuatrocientos? trescientos metros? "Da Igual" -pensó- "ellos están aún lejos y yo a unos pasos del tren" su expresión mostró una leve sonrisa, como quien palpa de antemano un triunfo o el alcance de una meta finamente planeada.

Claro que lo que Pedro no calculó fue que ese lunes de noche operaron al gordo Funes de apendicitis y en la casilla cuatro lo suplantara el linco Vásquez. "Fuerza, ya casi"-se repetía-"falta poco para dar un gran salto y asirme del vagón y..." Cuando un estremecimiento seco y fuerte sacudió su espalda y luego hizo eco en todo su cuerpo, cayó con los brazos abiertos como en cruz... y aun pudo sentir el pedregullo de la vía incrustarse como espinas filosas en sus palmas y en su mejilla derecha, aun pudo percibir una sensación suave y tibia surgirle a la altura del omóplato izquierdo pintando de púrpura su uniforme de presidiario, mientras sus ojos desprevenidamente abiertos parecían ver alejarse el tren de las seis llevándose su tan calculada libertad.